Un niño, ahogado por obra diabólica,
es resucitado milagrosamente por el Santo

Un hijo deforme, sin ojos y sin boca, había nacido en la noble familia de los Rocchi.

Lo llevaron a que lo viera el Santo y éste con saliva marcó los ojos y la boca de aquel rostro, invocando: —Por caridad, hermano, abre los ojos... por caridad, hermano, abre la boca. Y el niño adquirió totalmente la normalidad.

Los sordos oyen y los mudos hablan

Sordomudo de nacimiento es Bartolomé de Scigliano.

Los padres le acompañan a Paula para que le toque Francisco con sus manos milagrosas.

—Hijo mío, repite conmigo: Jesús, Jesús, Jesús —le exhorta el Santo.

Y al nombre de Jesús recobra la palabra.

* *

Otra vez le llevan un mudo para que lo cure.

El Santo indica a los padres que invoquen a la Virgen, le enciendan una vela delante de

Entrega una vela encendida al Conde d'Arena y a sus soldados, que marchan para la batalla de Otranto, y volverán salvos a su patria

su imagen y recen pidiendo la curación. En un determinado momento la vela cae al suelo y el mudo recobra el habla y dice: —¡Oh, se ha caído la vela!

* *

Mateo Cappellano, de Rossano, recomienda al Santo dos familiares que tenía enfermas.

—Mi querido hermano —responde Francisco—, la sorda dentro de poco dejará el lecho completamente curada porque grande es su fe en el Señor; la otra dentro de poco se presentará a la presencia de su Creador en quien tan poco ha creído y esperado durante su vida. Los hechos confirmaron las palabras del Santo.

Los leprosos son curados

La lepra había invadido y paralizado el cuerpo de Marcelo Cardilla durante varios años. Llevado a Paula, el Santo ruega unos instantes; lo coge de la mano y le ordena: —Por caridad, hermano, álzate y camina.

Con asombro de todos, Marcelo se levan-

ta y comienza a andar. Sus carnes aparecen frescas como las de un niño.

Los muertos resucitan

Un joven de noble familia había ido a colaborar en la construcción del convento. Una viga le golpea y cae a tierra muerto.

El Santo corre, reza sobre el cuerpo exánime y le aplica en las heridas hierbas de su huertecillo. El joven abre los ojos, se levanta y sigue trabajando.

* *

—Por caridad, Domingo, levántate, en el nombre del Señor —manda el Santo a un obrero de Terra de la Regina. Había muerto aplastado por un pino que había estado cortando y no había sido rápido en retirarse. A la orden dada por Francisco, se levanta y continúa el trabajo.

* *

—¿Por qué lloras? —preguntó Francisco a un niño, hijo del Notario de Paula.

—Papá se está muriendo —respondió.

—No temas, tu padre no morirá —le replicó Francisco. Y conmovido le puso la mano sobre la cabeza.

—¿Sabes rezar el Padre nuestro?

—Todavía no, pero sé el Ave María.

—¡Bien! Ponte de rodillas y dila —le dice el Santo al niño y a una niña que estaba allí cerca.

—Lleva a tu padre estos bizcochos y la Virgen lo curará.

A los tres días el Notario estaba en su mesa de trabajo, completamente curado.

* *

Francisco tenía un sobrino, hijo de su hermana Brígida. Nicolás, que así se llamaba, quería seguir las huellas de su tío, pero la madre no le dejaba. Enfermó Nicolás y murió. Celebradas las exequias, el Santo mandó llevar el cadáver a su celda para velarle y pasar la noche en oración.

—Si volviera a la vida, ¿le dejarías hacerse religioso? —preguntó a la hermana.

—¡Oh, hermano mío!, sería la mayor alegría de mi vida.

Un leproso paralítico sana milagrosamente al ser tocado por el Santo

—Espera aquí.

Entró en la celda y salió con el joven de la mano, vestido con el hábito de religioso.

* *

A la muerte de Viena, Santiago D'Alessio, se irá con el hijo al desierto para vivir la vida eremítica.

Innumerables fueron los prodigios obrados por Francisco en la persona de tantos infelices que se acercaban a él.

Profeta

Profetizó la invasión musulmana en las costas orientales del reino de Nápoles y predijo la toma de Otranto por los turcos. A muchos predijo el futuro.

—Querido Andrés, no dejes de comprar cuanto antes el grano para este año y hacer provisión para el que viene —dice un día al zapatero de la comunidad.

—Pero hay tanto grano que apenas cuesta —respondió Andrés Rosetto.

—Hazme caso y no te arrepentirás —replicó el Santo.

Pasando cerca del campo de Calvano Plantedi, le recomendó:

—Por caridad, planta no sólo tus campos sino también tus viñas.

Al año siguiente la cosecha fue tan mala que hubo una gran carestía.

* *

Te he contado algunos de los prodigios que hizo el Santo. Se dice que era raro el día que no hacía un milagro. El biógrafo más crítico, el P. José Roberti, lo confirma diciendo: «Las curaciones prodigiosas de las cuales tenemos noticias auténticas, son tantas, que serían suficientes para llenar un volumen».

Jesús había dicho: «Quien cree en mí hará las obras que yo hago y aún mayores».

El secreto del poder de Francisco era su fuerte e inmensa fe; fe hecha vida. Era su caridad tan ardiente que no conocía fronteras; que curaba los cuerpos para curar las almas. Era, sobre todo, tan profunda su humildad que se firmaba: «el mínimo de los mínimos siervos de Jesucristo bendito».

El biógrafo contemporáneo comenta: «Aquel Santo hombre procuraba esconder su

santidad dando pan bendito y velas bendecidas a los enfermos, los cuales usándolas se curaban; aunque era por las oraciones de Francisco con el medio con que Dios contaba. Es conveniente decir que aquello que Francisco aconsejaba a los enfermos era contrario a lo prescrito por los médicos. Esto era con el fin de que los que se curaban, reconociesen que el médico supremo del cuerpo y del alma es sólo uno, Dios. La humildad de su aspecto era reflejo de la de su corazón. Por eso Dios puso en sus manos el dominio dócil de las fuerzas de la naturaleza.

El peregrino de Dios

Paterno Cálabro

Era el año 1454 cuando Francisco, aclamado por el pueblo, llega a Paterno Cálabro, pequeño pueblo distante una hora de Cosenza, para iniciar la construcción de un convento.

Junto con él estaba Pablo Rendacio, joven de noble cuna y de nobles sentimientos. El Eremita conoció en seguida que en el joven discípulo tenía una gran ayuda y en efecto llegaría a ser Vicario de la Orden.

Como en Paula también en Paterno se multiplicaron los prodigios en favor de los necesitados, de los accidentados en los trabajos, de la gente humilde, de los benefactores, de todos los que recurrían a él en demanda

de ayuda y consuelo, y que Francisco daba con generosidad en el nombre de aquella caridad que le abrasaba.

Un día unos cazadores encontraron el cuerpo de un hombre enterrado en la nieve y muerto por congelación. Lo transportaron en una improvisada camilla ante el Santo que le dijo: —Hermano, por caridad, levántate y anda. El muerto se levantó, pasó a la iglesia, dio gracias y se marchó a su casa.

Un corrimiento de tierra sepultó a dos obreros que trabajaban en las obras del convento. A los gritos de espanto de sus compañeros, corrió Francisco: —Por caridad, no tengáis ningún miedo, hermanos; Dios, nuestro Señor, es tan bueno que no querrá que mueran los que trabajan en su casa.

Hizo remover el montón de tierra y piedras, y los dos obreros, vivos e ilesos, dieron las gracias conmovidos a su bienhechor.

Los hermanos Grandinetti permitieron que el camino de entrada al convento pasara por terrenos que eran propiedad de ellos. Pero surgió entre los dos una disputa por la posesión de un moral que se encontraba en el linde de los dos campos. Estaban a punto de ir a las manos, cuando apareció Francisco que

Con la señal de la cruz divide un árbol que impedía el acceso al convento que se edificaba en Paterno Cálabro

les pidió le siguieran. Llegaron al árbol causante de la disputa y el Santo con el bastón que llevaba en la mano dividió el árbol por la mitad, retirándose cada mitad a cada campo.

Los hermanos se abrazaron quedando reconocidos al Santo.

El Auditor Real Luis Palladino había recibido pruebas del poder milagroso de Francisco. Un hijo estaba enfermo, por lo cual invitó al Eremita, por medio de un criado, que curase al joven.

—Decid a vuestro señor que se preocupe de hacer justicia con imparcialidad como el pueblo quiere y que entonces su hijo vivirá. Que no ande buscando lo ajeno si no quiere perder lo propio.

Luis Della Porta, persuadido por sus familiares y amigos, fue a ver a Francisco para ser curado de un dolor en la espalda que le atormentaba hacía mucho tiempo, obligándole a guardar cama. El Santo le dio, como a tantas personas, buenos consejos y le curó.

Al día siguiente va al convento a dar las gracias a Francisco, pero éste le dice:

—Hijo mío, te ha curado la fe que has tenido en Jesucristo.

Devuelve la vida a un hombre que unos cazadores habían encontrado sepultado bajo un alud de nieve

Otra vez que se encontraba hablando con los que cada día acudían a oírle, una mujer quiso cortarle un trozo del hábito para guardarlo como reliquia, pero el Santo le dijo:

—La fe no está en un pedazo de tela, sino en las buenas obras.

La prueba

La fama de santidad que adquiría entre la gente humilde de Paterno, indignó a un predicador de fama, el P. Antonio Scozzetta, de los Frailes Menores. Este desde el púlpito denigró y llenó de improperios a Francisco, tachándole de charlatán. No contento con eso, quiso encararse con él. El Santo lo acogió amablemente en su celda y con la debida reverencia.

Como hacía mucho frío, mandó colocar un brasero. Con la cabeza inclinada y en silencio, escuchó los inmerecidos reproches.

Así que terminó el predicador de hablarle, Francisco sin decir nada se agachó, cogió con las manos desnudas unos carbones al rojo y acercándose al P. Antonio le dijo: —Por caridad, buen Padre, calentaos porque debéis tener mucho frío. Por lo demás nada podrá

Salva milagrosamente a dos obreros atrapados por un corrimiento de tierra

impedir que se cumpla la voluntad de Dios.

El religioso mirando atónito el fuego, que ardía en las manos de Francisco, cae de rodillas y retractándose de sus insultos, cubre de besos los pies del Santo.

Dejando en Paterno a unos cuantos religiosos, Francisco se dirige a Spezzano Grande para construir una iglesia que dedicó a la Santísima Trinidad.

Estando allí el Santo, sobrevino una gran carestía de alimentos y se dedicó a ayudar a los pobres hambrientos multiplicando el pan y repartiendo con ellos lo poco que tenía.

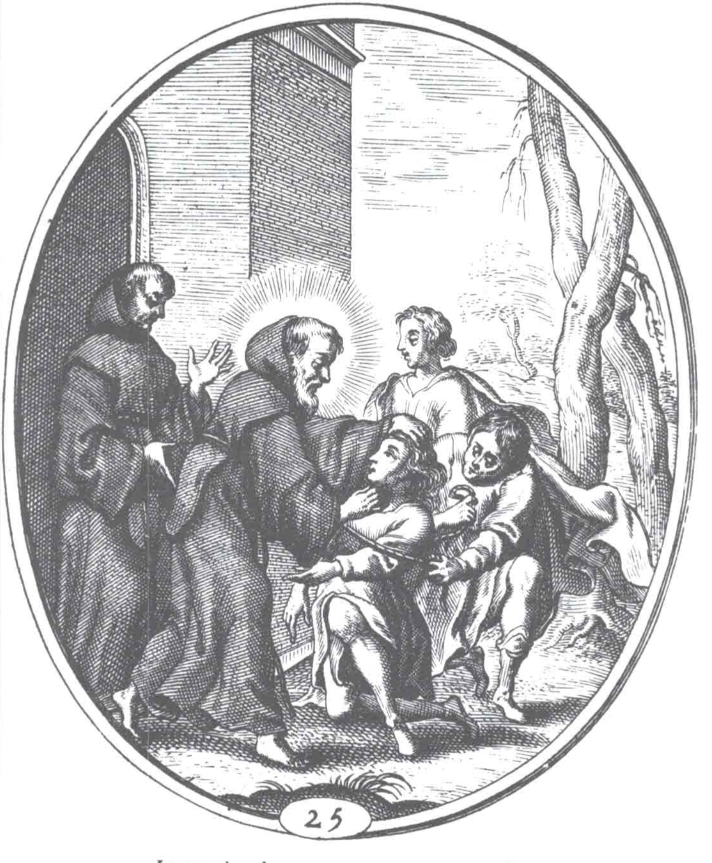
Dos jóvenes de importantes y ricas familias, hirviendo de pasión, se acercaron al convento por curiosidad. Francisco les hizo entrar y los encerró bajo llave en una celda. Desde fuera les habló de su pecaminosa vida:

—Por caridad, hermanos, ¡matad esa serpiente venenosa que os atormenta!

Los dos salieron cambiados y con el firme propósito de quedarse con el Santo toda la vida.

La historia nos ha dado sus nombres: Juan Cardurio de Roccabernarda y Bernardino Otranto de Cropalati.

La presencia del Santo y de sus pobres



Imponiendo sus manos, sana a un loco enfurecido.

ermitaños era solicitada insistentemente por las poblaciones. Así fue como construyó otros conventos en Corigliano Cálabro, con la ayuda del Conde Sanseveriano y de su noble esposa; en Crotone y Maida.

Junto con los lugares de oración, Francisco edificaba sobre todo a las almas con su vida prodigiosa, su palabra persuasiva y cortante que a veces se encaraba con los poderosos que oprimían al pueblo humilde.

Una insólita nave

Dos importantes hombres de Milazzo en Sicilia, llegaron a Paterno para rogar al buen Padre que fundase una comunidad de sus ermitaños en su ciudad. Tomando consigo al P. Pablo Rendacio y al Hermano Juan de San Lúcido se encaminó a Sicilia. No llevaba ni comida ni dinero. Sólo en la mano el báculo y en el corazón una gran confianza en la Providencia. El Señor le premiaría con uno de los milagros más maravillosos y que consta en las actas de su Canonización.

Llegando los peregrinos al paso de Borrello, encontraron unos viajeros que se dirigían

Tomando unas brasas en sus manos avergüenza
a un predicador que le había menospreciado

a Terranova. Se les acercó el Santo y les pidió por caridad un poco de pan. Ante las sinceras protestas de no tener ni una migaja, Francisco decidido dijo: —Dadme una de vuestras alforjas que estoy seguro de que dentro hay un pan.

Abierta la alforja sacó fuera un pan blanco que estaba todavía caliente como si hubiera sido horneado un momento antes.

—Este hombre es un santo —dijo el dueño de la alforja, que sabía que en ella no había nada.

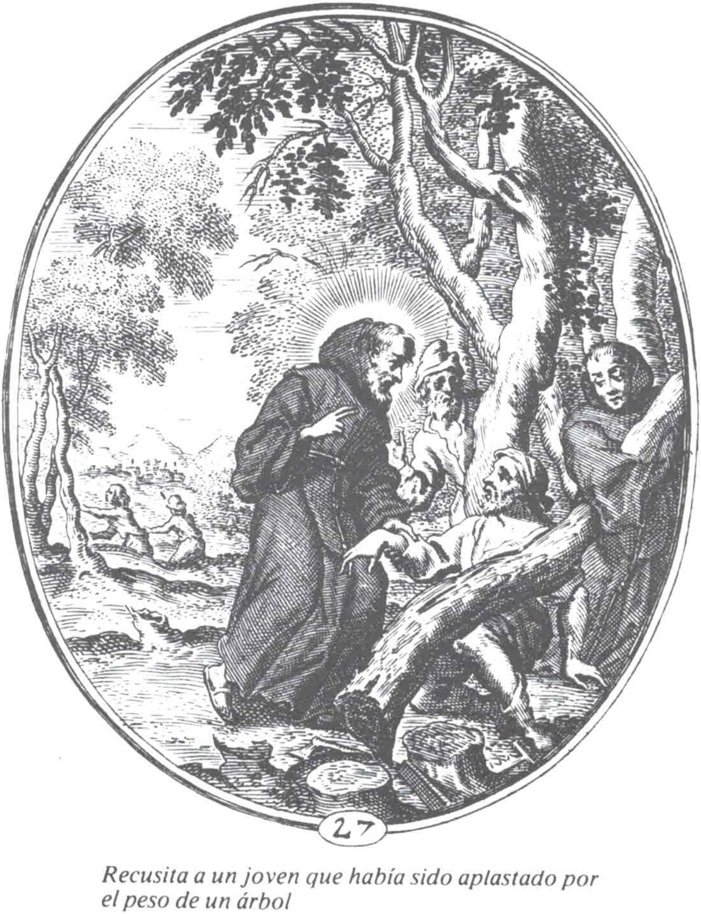
Todos comieron del pan que el buen Padre Francisco les repartía y cuanto más comían más quedaba. Permanecieron los viajeros con el Santo de Paula durante tres días y a todos alimentó con el pan que él había bendecido.

Llegaron por fin a Catona, junto a Reggio Calabria; aquí pidió Francisco, por caridad, a Pedro Coloso, propietario de un barco que los llevase a Messina.

Coloso contestó: —Págame y con gusto os llevaré.

—Llévanos, por caridad, somos pobres y no tenemos dinero.

—Si no tenéis dinero no os llevaré —terminó Coloso y partió.



Recusita a un joven que había sido aplastado por el peso de un árbol

El Santo Padre no perdió la calma; se retiró a la distancia de un tiro de piedra, se arrodilló y elevando los ojos al cielo, bendijo el mar; extendió su manto sobre las aguas, montó en él, y las olas y el viento los transportaron a la otra orilla.

El milagro sucedió a la plena luz del día, el 4 de abril de 1464.

Cuenta la historia que desde aquel día hasta el fin de su vida, una barca se acercaba todas las tardes a la orilla del milagro: Pedro Coloso lloraba su culpa y recordaba el encuentro con el Santo a quien había visto con estupor navegar en tan imposible barco.

Camino de Milazzo devuelve la vida a un hombre ahorcado de tres días.

Milazzo lo recibe con solemnidad y él cortésmente rechaza la hospitalidad de los nobles de la ciudad y va a hospedarse en el hospital público entre enfermos, peregrinos y pobres.

El primer pensamiento del Santo es la erección de la iglesia y convento según el deseo de la ciudad; mientras tanto también allí se renuevan los milagros.

Una viga destinada al techo de la iglesia resulta demasiado corta; el Santo Padre la co-

Atraviesa el estrecho de Messina sobre su manto

ge por un lado y tirando de ella la alarga lo necesario, ante el asombro de los trabajadores.

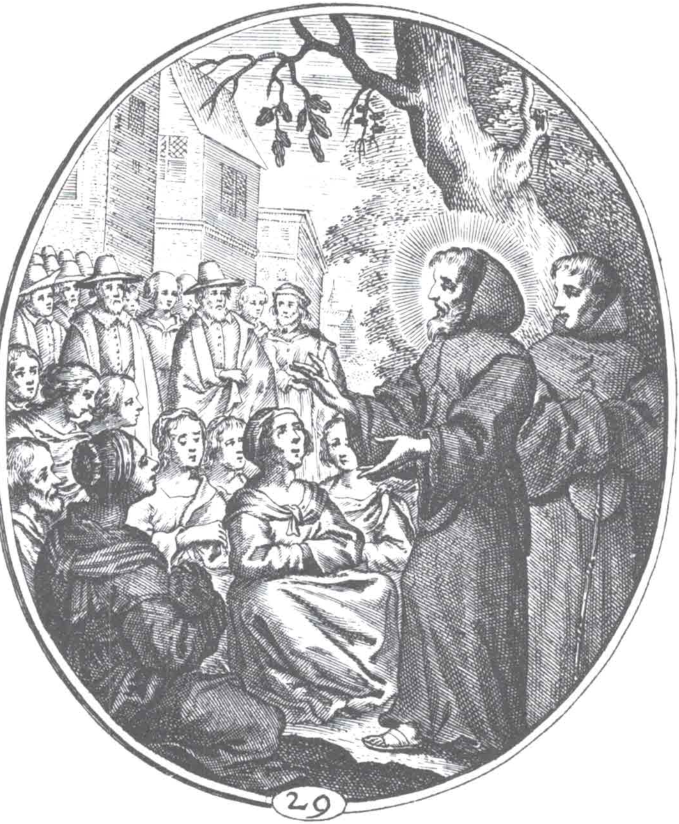
Con la señal de la cruz vuelve limpia y potable el agua turbia y contaminada de un pozo. Volviéndose a los presentes les dice: —Sea bendito el Señor que se ha dignado socorrernos en nuestra necesidad; pero acordaos que cuando los religiosos construyan el aljibe para recoger el agua de la lluvia, el pozo volverá a estar contaminado.

«El agua del pozo de San Francisco» —como el pueblo lo llama— catorce años después recobró su insalubridad.

Después de tres años en la isla, Francisco regresa a Calabria, al convento de Paterno, su preferido.

Orden de busca y captura

En tiempo de nuestro Santo, Calabria pertenecía al reino de Nápoles en cuyo trono se sentaba el Rey Ferrante I de Aragón. A éste no le agradaba la popularidad que dentro y fuera de Calabria estaba alcanzando el Ermitaño de Paula. No podía perdonarle las ace-



Predica a las muchedumbres en Sicilia

radas cartas en las que le hacía recapacitar y le amonestaba acerca de su mal gobierno, la conducta escandalosa de los príncipes y cortesanos, la enormidad de los impuestos, los abusos cometidos contra el pueblo mísero e indefenso.

A aumentar este rencor se daban prisa los cortesanos en una campaña denigrante contra el Hombre de Dios. Vilmente era calumniado el Ermitaño paulano, tachado de embustero, de sedicioso, de soliviantar al pueblo en contra de la autoridad del Rey. Llegó a tanto el furor de Ferrante, que para hacer sentir el peso de su autoridad, mandó al Santo Padre un oficial de la Corte con la orden de amenazar, con la demolición de los conventos erigidos —decía— «abusivamente».

El Santo escuchó en silencio y después con humildad dijo: —Yo nunca creí oponerme a la voluntad del Rey por obedecer la de Dios. Si he fundado algunas comunidades de Hermanos Ermitaños ha sido con el permiso del Vicario de Cristo, el Santo Padre Sixto IV, y con la del Arzobispo de Cosenza y de Rossano. Jamás ha sido mi intención despreciar al Rey, al cual profeso verdadero agradecimiento por la benevolencia que ha demostrado con el con-

Volviendo de Sicilia cura a algunos enfermos

vento de Paula. No sé cómo explicarme el cambio experimentado contra este pobre y humilde súbdito. Por vuestro conducto ruego a su Majestad que me conceda la misma gracia que he recibido de la autoridad eclesiástica, con el fin de promover mi Congregación, que no tiene otro fin que la gloria del Padre celestial y el bien de nuestros hermanos.

La reacción en la corte fue iracunda:

—«Esto es arrogancia y abierta rebelión».

Aumentó con esto la cólera del Rey; además porque Francisco había tenido la audacia de comenzar la construcción de un convento en Castellammare de Stabia, a las puertas de Nápoles, con el permiso del Obispo y el deseo de los ciudadanos.

El Monarca mandó a su propio hijo para dispersar a los Frailes de Castellammare, y a Paterno envía un capitán al mando de un pelotón con la orden de capturar al Fraile de Paula y conducirlo a su presencia.

El miedo se apoderó de los amigos del Santo:

—Márchate y ponte a salvo —le sugieren sus amigos.

—Hermanos míos, estamos en la casa de Dios. El sabrá protegernos. Si quiere que yo

Se hace invisible a los soldados mandados por el rey de Nápoles para capturarlo

sea apresado, adoremos su santa voluntad, pero si El no quiere, ninguna fuerza será capaz de tocarme ni un cabello.

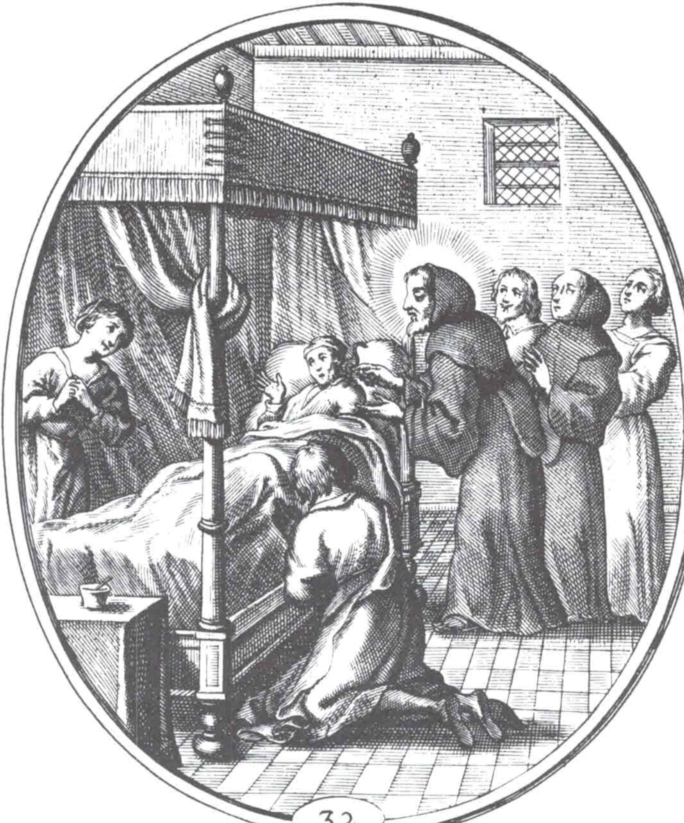
A sus religiosos, que ansiosos andaban en torno a él, les decía: «No temáis, queridos míos, esto es un ataque del infierno; la victoria final será de Dios.

Los soldados irrumpen en el convento y en la iglesia; buscan a Francisco por todas partes y no lo encuentran. Varias veces pasan junto a él que, en oración al pie del altar, permanece invisible.

Ante el temor de que el furor del capitán fuera en aumento y le llevase a cometer represalias mayores, un tal Antonio, obrero del convento, le dice: —¿Cómo es que no habéis visto al Santo Ermitaño, si habéis pasado varias veces junto a él? Y lo conduce a la iglesia donde ve al Santo que se ha hecho visible de nuevo.

El capitán, conmovido en lo íntimo del corazón, cae de rodillas y pide perdón a Francisco.

—Por caridad, hermano, álzate y no temas ya que tú eres un simple ejecutor de la orden. Vuelve al Rey y dile de mi parte que tiene bien poca fe si piensa que mi pobre presencia



Un enfermo recobra la salud por el contacto de sus manos taumatúrgicas

va a serle de utilidad. Que piense más bien en cambiar de vida y enmendar su gobierno si quiere que su casa escape de la justicia divina.

Hasta aquí, la historia. La tradición añade que Francisco antes de despedir a los soldados, los hizo entrar en el convento y les dio de comer y beber con un solo pan y un vasito de vino.

La expedición de castigo fue fallida; estupor y miedo causó en el Rey y en la Corte el relato del capitán. La orden fue revocada; los conventos no se destruirían, sino que se dio a Francisco amplia facultad para abrir casas en todo el Reino de Nápoles. Incluso el Rey invitó al Santo a fundar en la capital. En el lugar en que se levantó la primera iglesia, hoy existe la majestuosa Basílica Real dedicada por voto al Santo de Paula.

El fundador

Indagaciones pontificias

El tenor de vida y la fama por los milagros de Francisco, llevaron al yermo paulano a una gran multitud de admiradores: primero de los pueblos cercanos, y después de todo el reino de Nápoles.

Era impresionante su austeridad, lo poquísimo que comía y siempre de cuaresma, el duro trabajo, las largas vigilias en oración, la naturaleza de los milagros, la fascinación que emanaba de su persona; tanto que la voz del pueblo lo declaraba santo.

Los que sentían ansia de santidad, insistían en estar junto a él en la vida eremítica. El número de discípulos aumentaba de día en día.

Al principio la nueva familia religiosa no tenía ni Regla ni reconocimiento oficial. Francisco era la regla viviente, y en su escuela, avanzaban en el camino de la santidad.

El Papa Pablo II quiso saber del movimiento eremítico que se había creado alrededor de Francisco y envió a Calabria un Legado: Monseñor Baltasar de Spigno.

Se presentó al Arzobispo de Cosenza, Pirro Carácciolo, que residía en San Lúcido; recibió de él las primeras noticias informativas sobre Francisco. Desde allí, acompañado del canónigo cosentino Carlos Perri, fue a Paula.

A don Carlos Perri se debe la información sobre la entrevista.

Muy de mañana llegaron los dos de incógnito al yermo paulano y fueron atraídos por un humilde ermitaño que con suma devoción ayudaba a Misa.

—Debe ser Fray Francisco —dijo para sí el prelado; y se acercó para besarle la mano.

—Por caridad —contestó Francisco—, soy yo, Monseñor, quien debe besar vuestras

Sostiene unas brasas encendidas en sus manos ante el legado del Papa

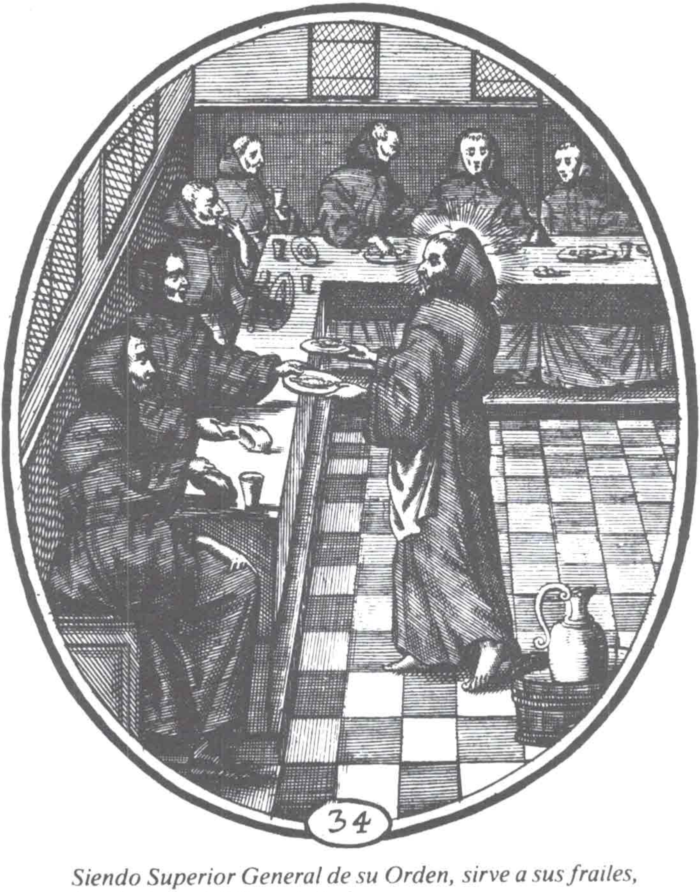
manos consagradas hace treinta años—; y lo condujo a su celda.

Era una fría mañana de invierno, y el Santo hizo llevar un brasero para que se calentasen.

El Legado del Papa entró enseguida en el tema que allí le había llevado.

—Fray Francisco, conozco el género de vida que queréis imponer entre vuestros ermitaños, pero debo deciros que eso no es compatible con la debilidad de nuestra naturaleza, y por eso no lo aprueban personas prudentes. Estaréis de acuerdo conmigo que la observancia rigurosa de una rígida cuaresma por toda la vida, puede ser el deseo y el empeño de un individuo particular, capaz de causar admiración, pero no se puede generalizar dando una ley que obligue a todos los miembros de una misma Orden religiosa. Es necesario mitigar el excesivo rigor de tal forma de vida que puede poner en peligro vuestra salud y la de los demás. Se puede consentir a vos, que como hombre del campo, podéis soportarlo, pero no es prudente que se imponga como norma general.

Francisco, que había escuchado con respetuoso silencio, se inclina sobre el brasero,



Siendo Superior General de su Orden, sirve a sus frailes, juzgándose el último de todos

coge con las manos unos carbones encendidos y dice: —Ved, Monseñor, que para el que ama a Dios todo es posible.

Frente a estas palabras y a este gesto el prelado cae de rodillas y consigue besar la túnica del Santo.

Rápidamente los dos regresaron a San Lúcido, donde escucharon algunos testimonios autorizados sobre la santidad de Francisco.

Con una nutrida documentación Monseñor Baltasar regresó a Roma y refirió al Papa todo lo ocurrido, el cual quedó muy complacido. Unos meses después murió el Papa Pablo II.

El prelado que había realizado el informe por encargo del Papa, conquistado por la vida de Francisco, quiso ser admitido en la pequeña congregación. El P. Baltasar de Spigno es el primer sacerdote de los Frailes Ermitaños y el más valioso colaborador del Santo por su competencia en el campo jurídico. La experiencia conquistada en la curia romana contribuiría en gran manera para conseguir la aprobación de la naciente congregación por el nuevo Papa Sixto IV (17 de mayo de 1474), después de haber sido aprobada con la Constitución «*Decet nos*» del Arzo-

bispo Carácciolo; con la cual, a la espera del definitivo reconocimiento pontificio, era aprobada la «Congregación de los Frailes Ermitaños de Fray Francisco de Paula», luego de haber sido hecha otra investigación por el Obispo de San Marcos Argentano.

Después de dicha investigación, Sixto IV dictó la Constitución «Sedes Apostólica», con la cual concedía a Francisco, además del reconocimiento oficial de su Congregación, todos los derechos y facultades de que gozaban las antiguas órdenes religiosas.

Francisco era nombrado a vida Superior General de la Congregación. Esta cláusula, no era del agrado del Santo que, en su humildad, pidió varias veces al Papa que la derogase, pero éste no quiso.

También el rey de Nápoles, Ferrante de Aragón, quiso mostrar su magnanimidad con el Ermitaño calabrés, colocando bajo su protección por regio decreto, la iglesia y el convento de Paula, en consideración a la vida de Fray Francisco, «hombre venerable y religioso».

Después del reconocimiento pontificio de su Congregación, Francisco, con la experta ayuda de los padres Baltasar de Spigno y Bernardino de Cropalati, se apresuró a componer una Regla monástica para proponerla a la aprobación de la Santa Sede. Mientras tanto sus Ermitaños se rigen por unos *Estatutos* escritos por el Santo.

Es un trabajo arduo el que se impone Francisco, que va poco a poco madurando con la oración y la penitencia.

Durante su estancia en Francia elabora cuatro Reglas sucesivas, pacientemente trabajadas con su experiencia personal, y que da a los miembros de su Orden para el presente y el futuro y que, a juicio de los Pontífices que las aprobaron, son un estimable compendio de perfección religiosa.

La Congregación de Francisco toma la definitiva denomimación de *«Orden de los Mínimos»*.

El carisma del Fundador se basa en el precepto de Jesús: «Haced penitencia», y debe manifestarse en la humildad y en el amor.

La penitencia querida por nuestro Santo

Divinamente inspirado compone la Regla de su Orden

comporta un espíritu y una práctica efectiva. El espíritu consiste en la total conversión de la mente, del corazón, de toda la vida a Dios, a través de una íntima participación a la expiación redentora de Cristo.

La práctica efectiva de la penitencia se concreta, además de la perpetua renuncia a todo lo que se opone a este espíritu, en el particular régimen de vida cuaresmal, esto es, en la abstinencia dentro y fuera del convento de la carne y de sus derivados.

Tal abstinencia está prescrita como voto, igual que los de obediencia, castidad y pobreza.

Las exigencias de Francisco parecen desconcertar la lógica de la prudencia humana. Pero también muchas exigencias del Evangelio parecen paradojas, vistas con ojos humanos.

El voto de perpetua cuaresma, que caracteriza en la Iglesia a la Orden de los Mínimos, es la respuesta que Francisco da a su siglo paganizado y licencioso que originó la protesta de Lutero.

A todos aquellos que viven con espíritu de fe, la Regla parece «suave y santa», y asegura a los perseverantes «la gracia y la gloria eterna».

Cura instántaneamente a un religioso agustino la herida que se había hecho en un pie talando árboles

Una Regla paralela a aquella de la Primera Orden dejó escrita el Santo para las mujeres ávidas de perfección religiosa.

El primer monasterio de Monjas Mínimas. con apenas veintiuna aspirantes a vida tan dura, nació en Andújar, provincia de Jaén, España, unos años antes de que Francisco muriese.

Retiradas del mundo, las Religiosas Mínimas de clausura unen hoy día la penitencia a la contemplación con un tenor de vida austera y edificante.

Todo cristiano, por razón de su bautismo, está llamado a la santidad. Francisco afrontó también el problema de la santificación de aquellos que viven fuera del claustro y del celibato. Para eso instituye la Tercera Orden con una Regla propia. En ella se formulan normas de conducta que, sin tener la fuerza de los votos, inculcan el amor y el espíritu de los consejos evangélicos, conforme al propio estado; sin abandonar el mundo, sirven para preservar de su corrupción; sin obligar bajo pena de culpa grave, prometen las más

expléndidas recompensas a quien las observa fielmente.

De esta forma Francisco cumplía su gran ideal de difundir y hacer fecundo el espíritu cristiano en los individuo, en la familia y en la sociedad.

Embajador de Paz

¡Adiós, Calabria!

El presentimiento que desde hacía tiempo atormentaba el corazón de Francisco, que un día tendría que dejar su tierra, iba en aumento según pasaban los años.

—Mi querido amigo, no pasará mucho tiempo y deberé ir a una tierra lejana donde se habla un idioma distinto. Es la voluntad de Dios que hay que cumplir. —Esto decía el Santo a Antonio Teramo, de Fligine, unos años antes de su viaje a Francia.

Reinaba hacía veintidós años sobre el trono de Francia el despótico y temido Luis XI La enfermedad había visitado al soberano en el año 1480, cuando un ataque de apo-

plejía le hizo perder el conocimiento y el uso de la palabra.

Habiéndose repuesto, luego de larga cura, se aferró desesperadamente a todos los remedios con tal de escapar de la odiada muerte, recurriendo a médicos y curanderos, a la ciencia y a la religión.

Como era desconfiado y suspicaz, temiendo continuamente que alguien pudiera tramar su muerte, había reforzado la guardia en su residencia de Plessis, cerca de Tours, y se hacía rodear de reliquias de santos insignes y de religiosos de santa vida. Pero la muerte se acercaba cada día un poco más; la presentía cercana por la debilidad progresiva de su cuerpo.

Una luz de esperanza iluminó su angustia cuando supo que en Calabria había un taumaturgo que hacía milagros todos los días.

Enseguida puso en movimiento la máquina de la diplomacia para hacer que Francisco de Paula fuese a la Corte más poderosa de Europa.

Envió a Paterno con una carta para el Santo al mayordomo Guynot de Bussieres, a algunos gentileshombres y al mercader napolitano Mateo Coppola que, estando en Fran-